

Luis Rodríguez

8.38

*El secreto mejor guardado
de la literatura española*

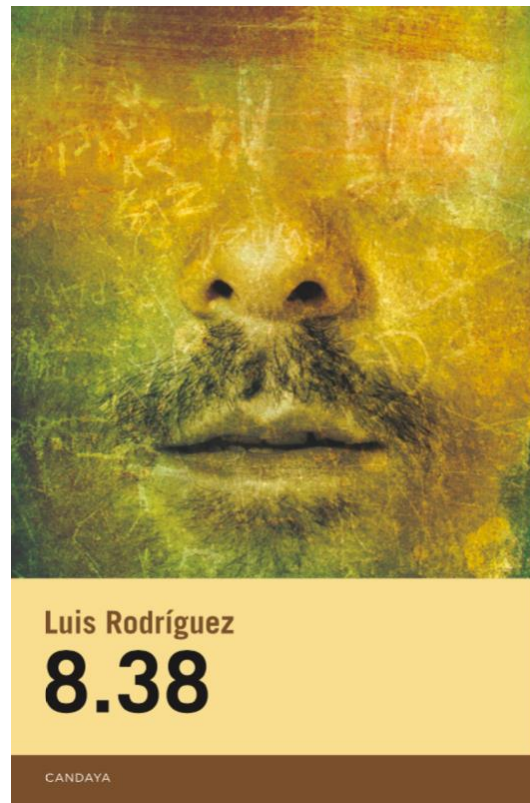
Candaya Narrativa 55

Diseño de la colección: Francesc Fernández
Imagen de portada: Francesc Fernández

Primera edición: febrero 2019.

ISBN:
21x14 cm; 188 págs.

PVP: 16€



FRAGMENTO DE 8.8 de Luís Rodríguez

El primer párrafo de esta novela constaba de 66 palabras con 313 letras, 5 puntos, 8 comas y 4 nombres propios. *Escribir* (*escribir/ escribo/ escrita*) se repetía 6 veces, el 9% de las palabras y el 14% de las letras. La superaba *el/ la/ los* (8 veces). 34 palabras distintas, 4 (*escribir, el, novela y de*) suponían el 50% del párrafo. Así que lo taché. Pero al ver que había utilizado más la *a* (42) que la *e* (30) volví a escribirlo. Finalmente, lo suprimí.

Otras veces, siempre, el comienzo de una novela, la primera frase, aparecía sola, inconfundible. No la acompañaban otras palabras, solo un argumento temblado. Esta vez no. Sé qué voy a escribir, la novela de una novela no escrita, la incapacidad de Luis Rodríguez para escribir sobre el brigada Aníbal Briz y los emboscados Opo y Manuel.

Luis tenía un comienzo, dos incluso. En el primero, Aníbal miraba apesadumbrado el monte porque, un instante, pensó que la enorme mancha verde había dejado de ser una promesa para convertirse en una oportunidad. Aníbal se dio rabia por aquella idea ruin; ni siquiera

encontró alivio en su brevedad.

El segundo, menos consistente, situaba a los emboscados Opo y Manuel con tres compañeros a punto de dormir en el pajar de un invernadero, mientras fuera, bajo la lluvia y subido a un castaño, hacía guardia un sexto. Luis iba a escribir que en noches sin luna el monte es un recuerdo. No lo hizo. Opo pedía a quienes todavía siguieran despiertos que no se distrajeran cavilando cómo había llegado a conocer la historia. Sucedió así y así os la contaré, sin adorno: Un hombre, hace muchos años, escribió una novela. Cosió las hojas para componer el libro y lo guardó en la cómoda de su habitación. Murió. Su hijo vendió la casa. El nuevo propietario, al segundo o tercer día, abrió el cajón, vio el libro y, sin tocarlo, cerró el cajón. No volvió a abrirlo nunca. Nunca. El siguiente dueño jamás atravesó la puerta de la habitación donde se encontraba la cómoda que contenía el libro. Más años. El sobrino que heredó la casa no puso un pie en ella. Murió el sobrino, murieron, a su debido tiempo, los vecinos de la calle, y nadie, familiar o extraño, volvió a ocupar su casa. Bastaron cuatro generaciones para que el pueblo quedara totalmente abandonado. Si vais a Castellón, a la sierra de Espadán, preguntad por Jinquer, que así se llama, un pueblo del que apenas quedan unas pocas paredes, casi ocultas entre los matorrales, y las ruinas de la iglesia. Lo que no puedo deciros es el título del libro ni su autor.

Descartó el segundo, por tullido. Sus relatos, sus anteriores novelas, contienen abundantes grumos como este; son anécdotas, sucesos históricos, ensoñaciones, burbujas extrañas al texto. Sé que quiebran la línea argumental, pero las necesito, decía. Como Tarkovski, quien, dispuesto a rodar *El espejo*, recordó un campo de alforfón. Tarkovski viajó al paisaje de su infancia. Buscó la plantación. Nada, hacía muchos años que no se plantaba, solo trébol y avena. Frustrado, alquiló un terreno, pidió que lo sembraran de alforfón y esperó el tiempo necesario para filmarlo. Puede que nadie añore un campo de alforfón contemplando uno de avena, ni sufra interferencias ni se apee de la película.

Pero si fue necesario para el autor (*no sé qué hubiera sido de la película si el campo de alforfón no hubiera florecido... Fue para mí tremendamente importante que floreciera*, escribió), si lo necesitó para contarse, de un modo u otro terminará siéndolo para el espectador. Así, exactamente así, los grumos.

Aquí no. Luis aspiraba a construir un relato eficaz, directo, con una fijación obsesiva porque el lector, montes y niebla mediante, terminara con los pies mojados. No había lugar para estas pequeñas historias.

Luis pudo ampararse en el primer comienzo con la tranquilidad que da saber que tenía un principio y la tranquilidad que da saber que no, que el transcurso de la escritura podía arrastrarlo y terminar haciendo tope en la página 27, o en la 119. ¿Entonces? ¿Luis no tropezó

con una primera frase reconocible? ¿No encontró el material o el tono adecuados? ¿Ni la voz? ¿A medida que le fue dando vueltas sus pretensiones se ensancharon hasta lo inabarcable? O, simplemente, no supo.

Lo que encontré me buscó, escribió Novalis. No creo que Luis me buscara; de su intento, de que no me buscara su intento de escribir la novela, no estoy tan seguro.

Lo conocí en Santander, los dos nos alojábamos en un hostel de la calle Eduardo Benot. La primera vez que lo vi me encontraba en el pasillo. A la altura de su habitación, oí llorar. La puerta estaba entreabierta, lo vi sentado en el borde de la cama. Lloraba con los codos apoyados en las piernas y las manos ocultando el rostro. Perdona, dije tras abrir un poco más. Me miró sin sorpresa. Tenía los ojos completamente secos, la cara relajada y, enseguida, una mueca de cortesía. Perdona, repetí, y me fui.

Literatura. Todo Luis era literatura, sin embargo no supo escribir la novela. *Soy la cabeza de un perro cortada y separada del cuerpo*, dijo en nuestro siguiente encuentro, *me mantengo viva a base de bombearme sangre de una botella; en cuanto huelo a gato me gotea la lengua*. Luis estaba solo en el Gayarre, un bar situado a cuatro portales del hostel. Cenaba croquetas con un vaso de leche. ¿Has leído a Evelyn Waugh? No, respondí. Nadie que nos viera habría supuesto que esas eran las primeras palabras que me dirigía. Siguió comiendo. Le di la espalda, pedí un café con leche y lo tomé en la barra, de pie. Me olvidé de él un rato. Cuando me acordé, ya no estaba. El encuentro fue un indicio consistente, eso pensé más tarde. La botella, la sangre que lo mantenía vivo, era la literatura, y el gato la vida. De la vida solo le interesaba aquello que convenía a su literatura. Y un detalle, su profundo respeto por los escritores: citó a Evelyn Waugh; lo nombró enseguida. Le tenía sin cuidado que lo conociera, incluso yo mismo le tenía sin cuidado, pero el pensamiento era de Evelyn Waugh.

Dejé de verlo unas semanas. En ese tiempo hice amistad con Valentín, alojado también en el hostel y amigo de Luis. Valentín hablaba mucho de él, de lo que suponía tener un amigo vaciado de vísceras y humores, solo literatura. Luis llora, dijo Valentín, se echa a llorar en cualquier sitio; es imposible averiguar el motivo, no tiene nada que ver con lo que estemos hablando, ¡llora sin lágrimas!, y para de repente (nunca más volví a ver llorar a Luis, ni a Valentín comentarlo).